LA DOROTEA,

COMEDIA ORIGINAL

EN TRES ACTOS,

POR D. F. E. CASTRILLON.

REPRESENTADA EN EL TEATRO DE LOS CAÑOS DEL PERAL EL DIA 13 DE JUNIO DE 1804.

MADRID
EN LA IMPRENTA DE REPULLÉS,
AÑO 1804.

El argumento de esta Comedia está tomado de la Dorotea de Lope de Vega; pues como el fin de su autor era imitar la versificacion de aquel excelente ingenio, quiso seguir sus huellas en quanto al plan de la obra.

ACTORES.

TEODORA, madre de DOROTEA.
FERNANDO, su amante.
JULIO, su criado.
DON BELA.
LAURENCIO.
MARFISA.
CLARA.
FELISA.
GERARDA.
UN ALCALDE.
UN ESCRIBANO.
JUSTICIA (no habla.)

La escena es en Madrid.

ACTO PRIMERO.

Sala de la casa de Dorotea; y en el medio habrá algunas sillas mal puestas.

ESCENA PRIMERA.

Felisa sola, arreglando las sillas.

Fel. Vamos, pues, á acomodar
los trastos de este aposento
para no dar fundamento
á que puedan regañar.
Qué mala cosa es servir;
y qué buena es el mandar!
Uno todo es trabajar,
el otro todo es reñir.
Pero yo tan mal no estoy,
pues como á todos entiendo,
de modo les voy sirviendo,
que amiga de todos soy.
Con mi señora mayor,
silencio, y obedecer,
que á la verdad es muger
que gasta muy mal humor.
A mi señorita agrado
hablándola de su amante,
que es un discreto estudiante,

pobre, y muy enamorado.
Palabra de casamiento
hace dias que le dió:
con la mano la juró,
mas no con el pensamiento.
Con disculpas estudiadas
entretiene su rigor;
pues mentiras del amor,
son mentiras muy usadas.
Por cierto, fuera acertado,
que Dorotea pensara,
y á su Fernando tratara,
qual yo trato á su criado.
Viene á casa una muger
muy hipócrita, y muy vieja,
con quien mi ama se aconseja;
jamas la he podido ver.
Por santa quiere pasar;
no creo que santa sea;
pues es santa, que se emplea
en mentir y murmurar.
Con esta hablo mesurada;
pues es de mala calaña;
ella juzga que me engaña,
y siempre sale engañada.
Esta mañana temprano
vino á ver á mi señora;
y hace ya mas de una hora
que hablan las dos mano á mano.
Algo sospechosa estoy
de tanta conversacion;
mas ya acabó la sesion;

y pues que salen, me voy.
Veré si puedo acabar
lo que me falta que hacer,
y despues he de volver,
por si algo puedo escuchar.

ESCENA II.

Teodora y Gerarda.

Teod. Callad, que estais porfiada;
y por cierto que he extrañado
hallaros con tal cuidado,
quando me veis descuidada.
Ger. Como eso hace la amistad
que tengo á la Dorotea.
Teod. No es mi hija?
Ger. Aunque lo sea
ha de valer la verdad.
Teod. Téngola por madre amor,
y he de castigarla? *Ger.* Sí,
que el castigo importa aquí;
y el no hacerlo fuera error.
Teod. Los hijos son un cristal
donde el padre se retrata.
Ger. Pues el rostro nos maltrata,
arrojemos el cristal.
Quando erades moza vos,
no estimabais á fe mia
el espejo que os hacia
mala cara?
Teod. Bien por Dios.
No pudisteis excusar

lo de quando érades moza.
Ger. En el pecho me retoza
la risa al oiros hablar.
Pero si os dais á entender
que sois moza todavia,
este negocio, á fe mia,
que le echemos á perder.
Teod. Aun tengo, gracias á Dios,
quasi mis dientes cabales;
pues las fluxîones fatales
solo me quitáron dos.
Ger. Muy galana es mi comadre,
si no tuviera aquel, Dios os salve.
Teod. Y qué falta hay tan notada,
en aqueste rostro mio,
que no la supla mi brio?
Ger. Pues la casa va quemada,
agua en ella.
Teod. Yo bien sé
que hay alguna que tomara
la hermosa tez de mi cara;
pues como no me afeyté,
no me la desquebrajáron
los usados aderezos;
que á la verdad son tropiezos
donde muchos peligráron.
El arte no me atormenta,
y me va bien á fe mia;
pues así estoy cada dia
mas gorda, y aun mas contenta
Ger. Comadre, la mula buena,
como la viuda, gorda y andariega;

Mas alguien podrá notar,
que todos vuestros cabellos
no son negros.
Teod. Pero de ellos
aun se pueden bien sacar
los de distinto color:
y si me hallais falta alguna,
sus muchas tiene la luna,
sin que pierda su explendor.
Ger. Oxalá nunca dixera,
quando érades moza vos.
Bin me castigais por Dios,
si de la propia manera
riñeseis á Dorotea,
las vecinas no os culparan,
ni en Madrid os murmuraran.
Teod. Qué hace ella, que digno sea
de castigo? *Ger.* No finjais
que ignorais lo que es sabido:
sois vos esposo sufrido,
que no veis quando mirais?
Teod. Si Fernando la obsequió,
qué delito fué?
Ger. Hoy es dia
de echádmelo aquí mi tia:
sabed, Teodora, que yo
no soy de aquellas amigas
del sotillo y del presente;
que me conoce la gente,
auque está mal que lo diga,
por sumillera del gusto.
Qué ropas á eso he ganado?

qué amistades he trazado?
Yo solo busco lo justo;
y á fe que la honra de Dios,
y la vuestra me han movido...
Teod. Direis que la honra he perdido
porque Don Juan de Quirós
regaló á mi Dorotea:
eso fué con justo intento,
y trató de casamiento.
Qué hay aquí que malo sea?
Ger. Robles y pinos todos son primos.
Dor. Si á su tierra se marchó,
faltando á lo prometido,
Eneas amaba á Dido,
y tambien la abandonó.
Ger. Yo de eso me he de espantar?
Ya sé que libro cerrado
jamas sacará letrado.
Teod. Quién se puso á murmurar,
que no empezase, diciendo,
que por caridad lo hacia?
Ger. Gasto yo esa hipocresía?
Teod. Gerarda, bien os entiendo;
y si verdad he de hablar,
me pareceis al negrillo
del hermoso Lazarillo
de Tormes, que al ver entrar
á su padre, se afligia
y asustaba: el coco, madre;
aunque el color de su padre
era el mismo que tenia.
Ger. Por qué me han de parecer

negros los otros á mí,
sin que yo me vea así?
Teod. Bien me podeis entender.
Ger. Mi hija ya tiene marido,
y aun quando no fuese honrada
como lo es, ya está casada,
y de mi lado ha salido.
Los hijos, Teodora, son
qual las aves, que en sabiendo
volar, se van saliendo
de nuestra jurisdicion.
Mas vuestra hija Dorotea
aun conserva vuestro lado,
y es fuerza tener cuidado,
que es lástima que no sea
como querria que fuese.
Qué gusto es que ese Fernando
os la esté encalabrinando?
Aun si esperarse pudiese
que con ella se casara,
alguna disculpa hubiera;
y aun dado que sucediera,
muy bien medrada quedara
con esposo tan gentil.
Qué saca de sus amores
si no requiebros y flores?
Hartas nos regala Abril.
Ay amiga! la hermosura
está expuesta á grandes daños;
y cara que enferma de años,
ningun médico la cura.
Primavera es la belleza,

desde quince á veinte y cinco
verano de gentileza:
si á quarenta y cinco llega,
es seco y árido estío;
y luego un invierno frio,
en el que nadie la ruega.
Teod. Mas cincos me habeis echado
que un juego de bolos. *Ger.* Pues
todos los cincos que veis
son de largo, y es sentado,
que el juego se pierde en ellos.
El hombre en qualquiera edad
halla amor y dignidad;
y aun los años para ellos
son cosa de estimacion;
pues adquieren experiencia,
mas hacienda y mas prudencia,
y así mas buscados son.
Pero la infeliz muger
que se queda sin casar,
á nada puede aspirar,
ni nada piense valer.
Qué cargo en la paz tenemos,
ó qué baston en la guerra?
Ved, que Dorotea yerra,
y así su bien procuremos.
Yo sé un caballero Indiano,
que anda que bebe los vientos
por ella, y que no son cuentos,
pues lo sé de buena mano.
Hombre de mucho caudal
y de lindo parecer,

que le puede apetecer
la dama mas principal:
mas riquezas la daria
que el Rey tiene en su palacio.
Teod. Por cierto venis despacio
con esa correduria.
Amiga Gerarda, ves
como dixe yo verdad?
Comienzas por caridad,
y acabas por interes.
Quieres contar un amor,
y otro nuevo la procuras:
no miras que son locuras
curar error con error?
Ger. Error esto! gracias tienes!
Yo galan no la he traido,
sino un honrado marido
con mucho amor, y mas bienes.
Teod. Cómo puedo convenir
sin saber quien es primero?
Ger. Si tiene mucho dinero,
qué mas se puede pedir?
Dorotea es muy hermosa;
pero pobre. *Teod.* Los caudales
en mugeres principales,
no son cosa muy preciosa.
Bien conoces mi nobleza,
y que si no hubiera muerto
mi esposo, nunca por cierto
codiciaria riqueza
para mi hija y para mí;
pero fuí tan desgraciada,

que me ví desamparada
al punto que viuda fuí.
Ger. Las riquezas de este amante
á todos remediará.

ESCENA III.

Dichas y Felisa.

Fel. Señora, agurdando está
tu amiga Doña Violante.
Teod. Por cierto que me olvidé
que me dixo el otro dia
que hoy á buscarme vendria:
no sube? *Fel.* No hay para que,
pues en el coche te aguarda.
Teod. Y mi hija?
Gel. En el tocador.
Teod. Y por qué tanto primor?
Bien me dices tú, Gerarda.
Así emplea la mañana,
y sus labores son estas:
para ella todas son fiestas,
segun lo que se engalana.
Ger. Mira que Violante espera.
Teod. No es justo que aguarde mas;
ya otro dia volverás,
y hablarémos.
Ger. Considera
que es esto lo que conviene.
Teod. Agradezco tu cuidado.
A Dios. *Ger.* El sea loado.
Fel. Qué cara de bruxa tiene! *ap.*

ESCENA IV.

Gerarda y Felisa.

Ger. Yo tambien me habré de ir
á la Merced; pues hoy creo
que han de tener jubileo.
Fel. Y al paso te puedes ir,
si te se hiciese camino,
á que el caballero indiano
te haga merced por su mano.
Ger. Qué gracioso desatino!
Escuchaste lo que hablé?
Fel. En esa pieza me estaba,
y al paso que trabajaba
quanto dixiste escuché.
Ger. Tambien tú me has de ayudar.
Fel. Bastas tú para un enredo.
Ger. Ay hija mia! No puedo
hacer mas que encomendar
á Dios el bien de tu alma.
Fel. Y el tuyo. *Ger.* Yo qué consigo?
quanto trazo y quanto digo
es por mirar á su fama;
pues cierto lástima fuera
que una dama tan preciosa,
tan discreta y tan hermosa.
por un tuno se perdiera.
Fernando no la festeja
con muy honesto deseo.
Fel. No hable mal.

Ger. Yo, hija, lo veo.
No sabes que galantea
á otra dama?
Fel. No sé nada.
Ger. No es extraño que lo ignores,
tú te estás con tus labores:
al fin como moza honrada.
Mas yo que tengo que andar...
Ay! como Dios es servido,
ciertas cosas he sabido,
sin poderlo remediar.
Fernando es mozo insolente,
jugador y pendenciero;
y en fin, poco caballero,
segun que dice la gente.
Mas no sea esto murmurar,
quédate con Dios, Felisa,
que luego andaré deprisa.
Fel. Pues madre, aumente fervor,
y disminuya oraciones.
Ger. Tan grandes obligaciones
me hace tomar el amor
que tengo á mis hermanitos.
Pídenme ruegue por ellos,
y yo, hija, no puedo vellos
sin atender á sus gritos;
son tantos los afligidos
que me buscan cada dia,
que paso la vida mia
entre llantos y gemidos.
Quién pudiera negociar
consuelo á todos muy presto?

A Dios, que si hablamos de esto
tengo de echar á llorar. *Vase.*

ESCENA V.

Felisa sola.

Fel. No hay vieja mas embustera,
ni mayor embrolladora;
así hace que mi señora
viva en continua quimera.
Por el bien de Dorotea
muestra tener interes,
y este interes solo es
el dinero que desea.
Porque tiene mañas tales,
que no se suele parar
en que el bien que ha de lograr
cueste á veces muchos males.
Mas ya viene mi señora,
voy á contarla al instante
lo que dixo de su amante
esta vieja embrolladora,
pues si puede ser engaño,
tambien puede verdad ser,
y conviene el precaver
con tiempo algun desengaño.

ESCENA VI.

Felisa y Dorotea.

Dor. Qué estás haciendo, Felisa?
Fel. Oh qué pesada estuviste!

notable falta me hiciste.
Dor. Pues hoy me vestí deprisa.
Fel. Mucho en su adorno se tarda,
oxalá hubieras salido,
que una visita has tenido.
Dor. Fué Fernando?
Fel. No, Gerarda,
que á tu madre vino á hablar,
y tanto chisme ensartara
que pensé que no acabara
segun comenzó á ensartar.
Dor. Pues qué dixo?
Fel. Que Fernando
ocasiona tu locura,
y en tanto de tu hermosura
la flor se va marchitando;
que quando marchita está
ya de nada servirá;
ni Fernando la querrá
viendo que no es la que fué.
Dor. Mira qué gentil cuidado
se toma! *Fel.* Por caridad,
que la Gerarda en verdad
de virtud es un dechado.
Pues monta que no es igual
á su caridad su ciencia!
conoce por experiencia
la virtud medicinal
de las plantas y las flores.
Y el mal de ojo?

Con intencion ó ironía.

Dor. Qué locura!

Mas serán en esa cuenta
los ojos que ella contenta,
que no los ojos que cura.
Fel. Mas si ahora comenzará
á usar vocablos discretos?
Esto enseñan los sonetos
que su querido la da!
Bien la Gerarda decia:
medrada estás de agudezas,
y tan rica de ternezas
como de caudal vacía.
Dor. Qué mas caudal que el saber?
Fel. Ninguno le aventajara
como en el mundo se usara
mantenerse sin comer.
Sino, dime: Tu querido
qué manteneos te ferió?
qué dones te presentó?
Sale, señora, al olvido,
y admite en este momento
á otro caballero indiano
que te se viene á la mano.
Dor. Hay tan grande atrevimiento!
tú nuevo amor me procuras?
Fel. Gerarda por él habló.
Dor. Y mi madre la escuchó?
Fel. No, sino andar en locuras,
y despreciar un amante
que viene sembrando plata
por otro que solo trata
de vivir á lo estudiante,
siendo su caudal su parla,

su hacienda su discrecion.
Dor. Es joya mi corazon,
parà que piensen feriarla?
en fin, no cansada estés,
y desiste de tu intento,
que en tí será atrevimiento,
si en Gerarda fué interes.
A Fernando sin riquezas,
por un Duque no tratara.
Fel. De tu constancia me holgara,
si él premiase tus finezas;
pero su amistad bastada
tu amor con otra desdora,
Dor. Eso dices? *Fel.* Yo, señora?
quien lo dice es la Gerarda,
con la otra está todo el dia,
y luego á tu reja asiste.
Dor. No sigas: ay de mí triste,
que pasas el alma mîa!
Gel. Y se sabe muy de fixo
que ha de casarse con ella.
Dor. No callas?
Fel. Hay tal querella!
si la Gerarda lo dixo.
Dor. Muy bien lo pudo fingir
por interes ó capricho.
Fel. El mismo ya te lo ha dicho,
si lo quieres advertir.
Dor. El mismo? *Fel.* Sí con verdad,
si reparas sus acciones,
fingidas ocupaciones
disfrazan su voluntad:

y sino dime que son
negocios que todo el dia
le ocupan siempre á porfia,
sino faltas de aficion?
á qué fin tanto dilata
darte la mano de esposo,
y qué se pone furioso
quando este punto se trata?
si yo fuera, ciertamente
no me dexara engañar.
Dor. No me atrevo á sentenciar,
sin oirle primeramente.
Fel. Oirle quieres? A fe mia,
que bien con tu engaño estás.
Esta noche escucharás
finezas que todo el dia
con la otra dama ensayó;
y aun le darás la razon.
Dor. Para esperar su traicion
no tendré paciencia yo.
Fel. Pues qué intentas?
Dor. Ahora mismo
le tengo de ir á buscar.
Fel. No ves que eso es caminar
de un abismo en otro abismo?
Dor. Toma en el instante el manto,
pues has de venir comigo.
Fel. Con mucho gusto te sigo;
pero, y si viene entretanto
tu madre, y nos echa ménos?
Dor. Dirá que fui á otra cosa:
y en fin, quando estoy zelosa,

todo lo demas es ménos.
Fel. Pues ya que estás empeñada,
vamos allá con valor...
Pero aguarda que el amor
Mirando á la calle por la reja.
te trae la suerte rodada.
Dor. Cómo así?
Fel. Como tu amante
parece te adivinó,
y en la calle te esperó.
Dor. Hazle una seña al instante.
Felisa se pone á la ventana, y tose.
Fel. Ya viene: de esta manera
le puedes sin riesgo hablar.
Dor. Yo no puedo adivinar
que es lo que Fernando quiera;
y he llegado á discurrir,
que quando viene de dia,
alguna desdicha mia
es quien le obliga á venir.
Fel. El podrá desengañarte.

ESCENA VII.

Dichos, Fernando, y Julio.
Fern. Dónde ibas, prenda adorada?
Dor. A buscarte á tu posada.
Fern. Con qué fin?
Dor. Con el de hablarte.
Fern. Bien es que albricias te pida
de esta ventura. *Dor.* No tal,
que solo mi mucho mal

pudiera hacerme atrevida.
No conoces que lloré?
Fern. Por cierto no lo he notado.
Dor. Con descuido me has mirado.
Fern. Aunque mojadas miré
tus dos mexillas hermosas,
no lo extrañé, dueño mio,
que es temprano, y el rocío
aun está sobre las rosas.
En fin, qué tienes?
Dor. Qué quieres
que tenga si no un pesar?
Fern. Quién te lo pudo causar?
Dor. El que te quiero, y tú quieres;
y en tan contraria razon
hoy nos llegamos á ver,
que es lealtad mi querer,
y tu querer es traicion.
Fern. Desconocida, á fe mia,
hoy te encuentro, Dorotea.
Dor. No es extraño que así sea,
pues nunca me veis de dia.
Por la noche cariñosa
me hallas, si á mi reja baxas;
mas si de dia me ultrajas,
no quieres que esté quejosa?
Fern. De noche y de dia mi amor
el mismo es sin diferencia.
Dor. Por qué muda de apariencia
sino altera de valor?
por qué no pasas los dias,
qual las noches á mi lado?

Fern. No me falta algun cuidado...
Dor. Basta, que las penas mias
ya no te han de consentir
que añadas en tu defensa
al oprobio de mi ofensa
la vileza del mentir.
De amor es la ocupacion
que te impide visitarme.
Fern. Quién pudo así denigrarme?
Dor. Si es de dia, tu traicion
cómo oculta pudo estar?
Fern. Eso mismo me defiende;
pues quien ofender pretende,
no puede la luz buscar.
Dor. Ni quien tiene fino amor
sus esperanzas dilata.
Fern. La suerte que me maltrata
es quien me quita el valor.
Dor. Y si hay riesgo en dilatarlo.
Fern. Explícate mas por Dios.
Dor. Mucho conviene á los dos
que yo acierte á descifrarlo.
En fin, de tu cobardía
se origina mi tormento;
pues que ya mi casamiento
han concertado este dia,
por no querer consentir
pase la flor de mi vida,
esperando entretenida
lo que no veré cumplir.
Fern. Todo eso ya lo he sabido;
y que pretende tu mano

un acaudalado indiano,
y por lo mismo he querido,
atropellando recelos,
venir á verte de dia,
por si la ventura mia
podia vengar mis zelos.
Dot. Quién te lo pudo contar?
Fern. Si estás en mi corazon,
no haces ninguna traicion
que yo la pueda ignorar.
Dor. Con bastante frialdad
la noticia has escuchado.
Fern. Qué mucho, si me la has dado
con igual serenidad?
Dor. Piensas que quise burlarte?
Fern. Cómo lo puedo pensar,
si llegas á confirmar
lo que supe por mi parte?
En fin, á Dios, dueño amado.
Dor. Así te despides? *Fern.* Sí,
porque si ya te perdí,
no es bien me hallen á tu lado
Dor. Por qué me pierdes?
Fern. No ves
que si á Indias te han de llevar
nos va á dividir el mar?
Dor. El de mis lágrimas es
el que nos va dividir.
Fern. Pues pronto se secará,
que mucho no durará
llanto que solo es fingir.
Dor. Y qué motivo ó capricho

hay para que haya fingido
el amor que te he tenido?
Fern. Amor que has tenido has dicho?
Dor. Y lo repito mil veces.
Fern. Ni aun te quieres disculpar?
Dor. Es que te empiezo á tratar
con el rigor que mereces.
Vé con Dios, pero jamas
te acuerdes que te he querido.
Fern. Lo haré, pues que del olvido
la primer leccion me das.
Dor. Quando así te quieres ir
ya mi justicia confirmas.
Fern. Y tu mi razon afirmas
en dexarte despedir.
Dor. Tratarle con rigor quiero.
Aparte á Julio.
Mira si hay gente en la calle;
y quando sola se halle,
despide á ese caballero.
Se entran cada uno por su lado.

ESCENA VIII.

Fernando y Julio.

Fern. Fuéronse de veras? *Jul.* Sí.
Fern. Ay Julio, que yo estoy muerto!
ves como mi mal es cierto?
Jul. Y eso qué te importa á tí?
Tu no la tienes amor;
con que si esta te ha fallado,
á otra carta de contado,

á fuer de buen jugador.
Fern. Cierto es que por divertirme.
aqueste amor comencé;
pero creo que acabé
por sujetarme y rendirme.
Jul. Luego estás enamorado?
Fern. Qué sé yo.
Jul Pero zeloso
á lo ménos. *Fern.* O envidioso
de quien mi amor me ha quitado;
que una espada y una dama
no desdora el no tenerla,
mas no se puede perderla
sin perder tambien su fama.
Jul. Pues envidar todo el resto,
y casarse. *Fern.* Es imposible.
Jul. Vive Dios que estás terrible!
pero es fuerza que muy presto
resuelvas lo que has de hacer.
Dorotea está zelosa,
Marfisa se halla quejosa,
habiendo llegado á ver
que á tu padre no obedeces;
y que entregado á otro amor,
quanto es su pasion mayor,
mas ingrato la aborreces:
y haces mal en despreciarla,
que es viuda, rica y hermosa,
que no la sobra otra cosa
que quien desee obsequiarla.
Si el desprecio comenzado
exâspera á la Marfisa,

á tu padre á toda prisa
dará cuenta de contado,
y te obligará á casar
con quien tanto aborreciste.
Fern. Muy en breve resumiste
todo el plan de mi pesar.
Jul. Pues pon el remedio al pie.
Fern. No hay otro como la ausencia.
Jul. Segun dixo la experiencia
el mejor de todos fué.
Vaya en gracia. A dónde irémos?
Fern. Donde no halle otro pesar.
Jul. Pues irémos á posar
donde mugeres no hallemos,
porque tú en viendo mugeres
tendrás amor, zelos, cuentos,
pendencias y sentimientos,
y echarémoslo á perder;
pero ay que se me olvidaba;
y el dinero para el viage?
Fern. Vende al punto el mejor trage
de los mios. *Jul.* Ni á la taba
jugados han de quererlos
segun estan estropeados.
Fern. Busca dineros prestados.
Jul. Ninguno quiere perderlos,
pues saben que de tus rentas
Apolo es arrendador,
y temiendo su explendor
nadie con él quiere cuentas.
Fern. Qué haremos pues? *Jul.* No lo sé.
Mas vamos con toda prisa

á visitar á Marfisa. *Fern.* Con qué fin?
Jul. Con el de que
remedie nuestra pobreza
pues te tiene tanto amor.
Fern. No lo consiente mi honor.
Jul. Pues si nunca fué baxeza
que tome un hombre prestado
de un amigo algun dinero,
bien puede el buen caballero
en lance tan apretado,
y con tan justa razon,
pedir remedio á una dama,
sin que peligre su fama,
ni pierda su estimacion.
Fern. Pensar que la he de decir
mis zelos, fuera demencia.
Jul. Puedes contarla la ausencia,
mas la causa has de fingir;
y pues no eres embustero,
y yo sí, quiero inventar
lo que la hemos de contar.
Dí que heriste á un caballero
por cierto lance de honor,
que inventarémos despues;
y esta mentira, ya ves
que acredita tu valor:
supuesta la herida, es claro
que hayas de echar á correr,
si preso no te has de ver,
y ella no tendrá reparo
(luego que escuche la historia)
en despedirte llorosa,

ni aun darte alguna cosa
siquiera para memoria.

ESCENA IX.

Dichos y Felisa.

Fel. Seguros podeis salir;
pues sola la calle está,
y nadie veros podrá.
Jul. Ya estoy rabiando por ir.
Fern. A Dios. *Vase.*
Jul. Escucha un momento:
de todo lo que te he hablado
estoy muy regocijado.
Fel. Será con el pensamiento,
pues nada hablaste conmigo.
Jul. Eso quiero celebrar,
porque no hay mejor hablar,
que callar siempre contigo.

ESCENA ÚLTIMA.

Felisa sola.

Fel. El que le viere marchar
tan futioso y enojado,
dirá, su amor ha espirado,
y á su dama va á olvidar.
Pero como amor es niño,
las quimeras del amor
comienzan por un rigor,
y acaban por un cariño.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

Sala de la casa de Dorotea.

Marfisa y Clara.

Clar. Entra con resolucion,
que abierta la puerta está.
Mar. Por ser la falsa será.
Clar. Quizás que todas lo son,
y acertástelo en verdad
en hallarla. *Mar.* Cómo así?
Clar. Si á buscar vienes aquí
pruebas de la falsedad
con que te trata Fernando,
ninguna puerta mejor
que la falsa; pues tu amor,
ya va lo falso encontrando.
Sospecho que por aquí
siempre Fernando entrará.
Mar. Harta ventura seria
para mí que fuese así.
Pues arguyo en caso tal,
que en nada mi amor dañó,
si aquí por la falsa entró,
y allá por la principal.
Clar. En fin, qué buscas aquí?

Mar. Necia pregunta por cierto!
Si ves que zelos me han muerto,
no he de averiguarlos? *Clar.* Sí:
pero no puedo aprobar
que entres así: mal has hecho.
Mar. Aquí mi ofensa sospecho,
y aquí la he de averiguar.
Clar. Si Fernando te contó
que era precisa la ausencia,
pues hoy en cierta pendencia
á un caballero mató,
y si tú se lo creiste,
y al despedirle lloraste,
quando á su cuello enlazaste
la cadena que le diste,
qué mas tienes que saber?
Mar. Fernando pudo mentir,
y si fué cierto el reñir,
por amor pudiera ser:
y acaso que aquesto fuera,
es sin duda que riñó
por la que zelos me dió,
que es la hermosa Dorotea.
Clar. Conócesla?
Mar. En un balcon
la ví; y aunque no la viera,
por su fama conociera
su belleza y discrecion:
de ella no soy conocida;
y así con seguridad,
para saber la verdad
vine á buscarla atrevida.

Un enredo imaginé
para el caso: mas si abierta
encontré al venir la puerta,
otro mejor fingiré.
Clar. Si la vista no me engaña
Dorotea sale.

ESCENA II.

Dichos, Dorotea y Felisa.

Dor. Ay Dios!
Quién son, Felisa, estas dos?
Por dónde ha entrado esta gente?
Fel. Y yo, qué me sé?
Dor. Está bien: descuido tuyo seria.
Riñendo á Felisa.
Mar. No riñais, señora mia,
á la moza, que no es bien
que lo que en mí fué ventura,
se convierta en daño suyo.
Dor. Quejosa en eso me arguyo,
que al venir vuestra hermosura
á verme, hubiera querido
que hallase franca la puerta,
por mi voluntad abierta;
pero no por un descuido.
En fin, á qué dicha buena
agradezco tal favor?
Mar. A un acaso, y aun dolor.
Dor. A las veces de una pena
nacer suele una alegría.
Mar. En mí teneis la experiencia,

que al huir de una pendencia
debo la ventura mia.
Dor. Os ausentasteis?
Mar. Sí á fe.
Dor. Querrás agua. Ves á traerla.
Vase Felisa.
Mar. Solamente por beberla,
hoy en vuestra casa entré.
Dor. Pasad, bebereis sentada,
y descansareis del susto.
Mar. Recibo al veros tal gusto,
que ya estoy muy aliviada.
Sale Felisa con unos barros con agua.
Fel. Aquí el agua está.
Dor. Pues necia,
no sacarás otra cosa!
Trae una caxa.
Mar. Mas preciosa
sin mézcla el agua se aprecia;
porque el agua y la muger,
ha de ser, por ser buscada,
tan limpia, clara y delgada,
como mas se pueda ver:
ya he bebido.
Vase Felisa, y vuelve á salir luego.
Dor. En efecto, por qué la pendencia fué?
Mar. Los que reñian miré,
pero no supe el objeto.
Dor. Cosas de muger serán.
Mar. Decid de hombres, que ellos son
los que de toda traicion
el primer exemplo dan;

y andan tan injustos luego,
que qual si inocentes fueran,
lo propio que ellos hicieran,
castigan á sangre y fuego.
Dor. Disgustada vivo aquí
en calle tan separada.
Mar. Luego es muy ocasionada
á tales pendencias? *Dor.* Sí.
Mar. Acuérdome, á la verdad,
que hoy en casa nos dixéron,
que á un hidalgo otros hiriéron,
por zelos de una beldad,
á quien dicen Dorotea. *Dor.* Qué decís?
Mar. Lo que contáron.
Dor. Yo soy esa: os engañáron.
Mar. Holgárame que así sea:
mas Fernando tal contó
á una amiga que es su dama.
Dor. Dama suya?
Mar. Así la llama.
Fel. Ves si Gerarda mintió?
Aparte á Dorotea.
Mar. Si ese es vuestro caballero,
perdonad mi indiscrecion.
Dor. Me pesa de su traicion,
por otra dama á quien quiero,
y á quien engaña. *Mar.* Con qué?
Dor. Con palabras, con finezas,
versos llenos de ternezas,
y aun con lágrimas. *Mar.* Pues qué,
lloran los hombres?
Dor. No tal,

sino los enamorados,
que en sus damas transformados
olvidan su natural.
Mar. Qué estragos hace el amor?
Dor. No veis que es fuego? *Mat.* Por tanto
me admira produzca el llanto;
que una lágrima en rigor
es un agua verdadera.
Dor. En eso no hay que extrañar.
Mar. Me holgara de oirlo explicar.
Dor. Quién no ha visto de una hoguera
salir vapor que agua es?
Mar. Podeis estar vanidosa,
que sois discreta y hermosa.
Dor. Mio el concepto no es:
del otro lo aprenderia.
Mar. De Fernando? *Dor.* Quizás fuera
que alguna vez se lo oyera
en cas de una amiga mia.
Mar. Celebrara conocerle.
Dor. Nada negaros intento:
Felisa, trae al momento,
para que aquí pueda verle,
el escritorio que llamo
de mis embustes. *Fel.* Ya voy,
vive Dios que cazas hoy
pues te vales del reclamo. *Vase.*
Dor. Muy costosa la experiencia
la salió por vida mia,
pues si sospecha traia

yo haré que lleve evidencia.
Sale con un escritorio.
Fel. Ya el dicho escritorio ves.
Mar. Qué esta navetilla tiene?
Dor. Solo papeles contiene,
Mar. Y cuya la letra es?
Dor. Vaya, que estais muy curiosa.
Mar. Y qué muger no lo ha sido?
Dor. Y mas quando ha padecido
los achaques de zelosa.
Mar. Tal dolencia no me altera,
y si verlos intenté,
fué solo porque pensé
que vuestra la letra era.
Dor. La letra no: mas la mano
que los escribió fué mia.
Mar. Y no lo es ya?
Dor. Ser podria,
que esto y mas hace un tirano,
y en el punto que os miré,
ya comencé á sospechar
que me podia olvidar.
Mar. Recelo infundado fué.
Dor. Qué quereis? las que debemos
poco á la naturaleza,
al mirar una belleza,
nuestra ruina conocemos.
Mar. Ya os habrá dicho el espejo
que teneis la cara hermosa.
Dor. Quitad, que la misma cosa
dice á todas el espejo.
Y no he de creer, vive Dios,

á quien hermosa me aclame,
y luego á vos os lo llame,
quando esteis delante vos.
Mar. Y quién es quien lo hace así?
Dor. Pues qué, no lo hace el espejo?
Mar. Ya estoy! qué lindo gracejo? *Ap.*
Dor. Me entendeis?
Mar. Creo que sí;
y volviendo á los papeles,
pienso que de amor serán;
y pues guardados estan,
no hay duda, que serán fieles.
Dor. Yo á su dueño no creyera.
Mar. Pues no es su amor bien notorio?
Dor. No os dixe que este escritorio
el de mis embustes era?
Pero el retrato mirad.
Mar. Si es retrato verdadero,
niño es este caballero.
Dor. Pintóse en aquella edad
que la amistad comenzó:
pero permitid que os diga,
si no tiene vuestra amiga
otro retrato? *Mar.* Así no,
sino de edad mas crecida.
Dor. Daríasele despues.
Mar. Quizás otra causa es.
Dor. Sepámosla por mi vida.
Mar. Fácil es de conocer
que en el alma le pintó;
y tanto en ella creció,
quanto creció su querer.

Dor. Pues mi retrato es mejor,
ya que igual se ha mantenido.
Mar. Nunca imperfeccion han sido
las mudanzas del amor.
Dor. Pero en fin, mudanzas son.
Mar. En la pintura insensible;
que mudarte es imposible,
lo eterno es imperfeccion;
y amante hay que ya murió
para quien dió su ratrato,
y en tanto á fuerza del trato
para otros brazos vivió.
Dor. Qué decís con caso tal?
Mar. Que no siempre habrá ventura,
quien funde en una pintura
la fe del original.
Dor. El original es mio.
Mar. Mostradle.
Dor. Pronto vendrá.
Mar. Andad, señora, que está
claro vuestro desvario.
Si de suya presumis,
cómo no se despidió
de vos quando se marchó?
Dor. Ved por Dios lo que decis.
Mar. Su partida os aseguro
como aquella que la ha visto.
Dor. Mal mi congoja resisto,
pues ya mis zelos apura.
Mar. Y ya que nada sabeis
el retrato llevar quiero,
que de ausente caballero

ser la dama no podeis.
Dor. Esa es ya mucha osadía:
volvédmele, ó vive Dios
que sea este lance con vos
comó serlo no querria.
Mar. Moderad vuestro dolor,
y el retrato os feriaré.
Dor. Y con qué podeis?
Mar. Con qué?
con joya de mas valor,
Dor. De mas valor que la pena
que dexais al alma mia?
Mar. Quizás tanta no seria:
como pesa esta cadena:
tomadla, pues otra igual
para el viage dí á Fernando.
Dor. Si preso va caminando,
ya es sin remedio mi mal.
Mar. Que así lo penseis me agrada,
y quedaos á Dios, que ya
del susto que truxe acá,
voy cierto muy descansada;
ven, Clara.
Clar. Claro has hablado,
y todo te se concierta.
Mar. Por qué?
Clar. Porque de la puerta
la llave al paso he quitado
para que puedas entrar,
si te vuelven á dar zelos.
Mar. No lo permitan los cielos,
pues zelos me han de matar.

ESCENA III.

Dorotea y Felisa.

Dor. Pena la mi pena
la pena de amor:
mi pena ya veo,
mi delito no;
si ya no es que sea
delito el amor.
Necia confianza
ántes me animó
á pedirle zelos
á mi dulce amor;
mas su bien amada
por respuesta dió
á las mis sospechas,
probada traicion:
tan fiero castigo
no merezco, no;
si ya no es que sea
delito el amor.
Amiga Felisa,
así el Dios de amor
te libre de verte
en tanto dolor;
que vayas y busques
á quien me robó
de todas mis joyas,
la joya mejor.
Vuélveme el retrato
de aquel vil traidor,

daréle mil golpes.
Fel. Con la boca? *Dor.* No:
y plegue á los cielos,
si tal hago yo,
mis labios se jun...
Fel. A los suyos? *Dor.* No,
que dicen mentiras
aunque hermosos son.
Picarle he los ojos
con que me engañó.
Fel. Llorarán los tuyos
de tanto rigor.
Dor. Lo haré sin mirarlos.
Fel. Muy bueno por Dios;
no sabrás entónces
si picas ó no.
Dor. Para mas infamia
llamaré un pintor
que al cuello le pinte,
qual reo traidor,
un dogal infame.
Fel. Nunca tal llevó
ningun caballero,
que el Rey sentenció
que el noble si muere
muere con honor:
mas ya que le matas,
harásle un favor?
Dor. Quál?
Fel. Que le permitas
hacer confesion.
Dor. Dirá mil mentiras.

Fel. Las oirás mejor.
Dor. No soy la que era;
pues ya mi dolor
de todo me olvida.
Fel. Ménos del amor.
Por fin, yo me burlo
de tanto rigor.
Si viene Fernando
todo se acabó,
pues ese tu enfado
no lo creo yo;
si ya no es que sea
enfado de amor.
Mas mira que viene
á linda ocasion
la madre Gerarda;
venga tu traicion,
y admite al indiano.
Dor. Lo haré vive Dios.
Fel. Y el pobre Fernando?
Dor. Sufra mi rigor,
pues con sus traiciones
exemplo me dió.
Fel. Amor de venganza
no ha sido el mejor,
que si la ira cesa,
se acaba el amor.

ESCENA IV.

Dichas y Gerarda.

Ger. Sea la paz del Señor en esta casa.
Fel. Salutacion beata?
Dor. Bien venida
sea la mi Gerarda á ver su amiga.
Ger. Y tal sea tu vida,
y amor te dé ventura
qual merece tu gracia y hermosura.
Dor. Me enamoras?
Ger. Qué quieres que te diga,
si qual ahora, jamas me has recibido;
pues siempre me has mirado
con harto desagrado,
y con cara contraria á la que tienes;
y qué cara? Mas bienes
tienes en esa cara,
que quantos el indiano te prepara.
Dor. Qué indiano es ese, madre?
Ger. Ahí estamos!
quando tan bien en tus negocios vamos
tu madre y tu criada?
Déxate gobernar, pobre cuitada.
Fel. Ten valor, pues ya estás en el empeño.
Dor. Mi verdugo será, mas no mi dueño.
Ger. Qué hablas ahí entre dientes?
Dor. Estoy triste.
Ger. Pues qué dolor tuviste?
calla, bobilla, que eres muy dichosa:
verás dentro de poco quanta cosa

te trae un escudero.
Dor. Y de parte de quién?
Ger. De un caballero
que ahí en calle mayor queda perdido,
las tiendas revolviendo,
solo para feriarte un buen vestido
al modo que tu madre se lo encarga.
Dor. Mi madre? qué vergüenza!
Ger. No he de lograr que tu rigor se venza?
pero en vano me afano,
solo soy de la tierra un vil gusano:
pero aunque pecadora,
á acomodar doncellas me dedico.
Fel. A doncellas no mas?
Ger. Calla tu pico.
Hija, el cielo es testigo
de que tan solo la verdad te digo,
mas nunca dama alguna halló en la Corte
semejante galan: pasma su porte:
qué esclavos, qué vaxilla!
Pues su gabinete tanto brilla
en perlas y diamantes,
en oro y plata fina,
quanto lo que ponderan los amantes,
aun el que por poeta desatina.
Mas muy pronto verás que no te engaño,
que si como es sabido,
por la uña el leon es conocido,
pronto por su regalo
verás de la madera que es el palo.
Dor. Y quién te dixo á tí que he de admitirlo?
Ger. Anda, que cara tal nunca es ingrata;

bueno será que si por tí se mata,
no agradezcas siquiera lo que hace.
Dor. Si su deseo así se satisface,
agradecer prometo su fineza,
mas no tomar ni usar de su riqueza.
Ger. No tomé yo tambien lo que me han dado?
Dor. En tí será decente, no en mi estado.
Ger. Miren qual me echa en cara
que yo soy vieja ya: pero repara
lo que una sabia anciana te aconseja;
quando eres moza, toma como vieja,
que si vieja te vieres,
no te han de dar como si moza fueres:
mas calla? qué cadena es la que brilla
allí sobre las silla?
Dor. Diéronmela poco hace por castigo.
Ger. No lo he de creer.
Dor. Pues la verdad te digo;
llégamela, que al cuello he de ponerla.
Fel. Mucho la honras así;
mas con qué intento?
Dor. Para que á todas sirva de escarmiento:
quantas en mí la vieren,
si acaso como amaba amar quieren.
Fel. Esto sí que se llama irse enmendando.
Ger. Que me maten sino anda aquí Fernando;
mas tiempo habrá despues para quitarla
la ocasion de que pueda contemplarla.
Dentro golpes.
Fel. La puerta principal estan tocando.
Dor. Quién será?
Fel. Voylo á ver. *Vase.*

Dor. Ay mi Fernando!
si alguna vez esta fatal cadena
mirases en mi cuello,
de tu traicion y mi constancia es sello.
Sale Fel. Dos son los que llamaban:
el uno un caballero,
y el otro á lo que entiendo su escudero,
ó de algun mercader un criaduelo,
pues asoma por baxo el ferreruelo
unos enormes lios.
Tu amante debe ser.
Dor. Verá desvios.
Fel. Pues eso tu rencor me prometia.
Dor. Lo prometió el rencor, no el alma mia.
Ger. Dixiste que llamaban. *Fel.* Sí.
Ger. Es Don Bela?
Dor. Y quién es?
Ger. Quien por tí tal te se desvela.
Dor. Sin duda su visita habrás trazado.
Ger. Dices que si es buen mozo? y agraciado.
Dor. No te digo tal cosa.
Ger. Estoy ya de los oidos achacosa.
Fel. Pues bien entiende quanto dice toma!
Ger. Hija mia, los años son carcoma;
sabes como yo estoy? como los perros,
que si ven que la mano les levantan,
se apartan y se espantan;
y al contrario, se llegan cariñosos
á aquella mano quando el pan divisan;
hija, los caballeros no se pisan,
sino ántes se reciben de buen grado;
ábrele por tu amor, dale tu estrado,

que no te ha de comer porque te vea.
Dor. Ya que eso solo tu intencion desea,
ves á abrirle, Felisa.
Ger. Déxame que iré, y aun mas aprisa;
que si la edad me impide,
el interes con fuerza me despide. *Vase.*
Fel. Verémos lo que harás. *Vase.*
Dor. Sufrir callando
las penas de mi amor; ay mi Fernando!

ESCENA V.

Dorotea, Gerarda, Don Bela y Laurencio.
Ger. Entre, señor Don Bela, sin temores,
que aquí no hay ningun pozo.
Fel. Serán flores
quantas en esta sala yo diviso,
y aun por eso quizás con tiento piso.
Dor. Perdonad si á la puerta no he salido,
pues tan extraña la venida ha sido,
que el corazon apénas me sosiega.
Bel. En tanto que aquel punto no se llega
en que ese corazon halle un sugeto
á quien amar, jamas estará quieto.
Dor. Por cierto que me holgara
que siempre fuese mio.
Bel. Cosa rara
será que no os le robe algun dichoso,
Dor. Para eso tengo un guarda cuidadoso,
qual es mi pensamiento;
y ese evitar sabrá qualquier intento.
Bel. Y aun los ojos tambien guarda ese guarda

en el continuo trato?
Dor. De los ojos es guarda mi retrato.
Ger. Basta de cumplimientos tan rendidos;
y no se esten en pie como perdidos,
que está holgando el estrado.
En medio he de ponerme, y á mi lado
habeis de estar los dos.
Bel. Si es vuestro agrado.
Dor. Ya me siento.
Ger. Laurencio está cargado.
Descoge, hijo, descoge. O quánto tarda!
Laur. No ví vieja peor que esta Gerarda.
Ger. Qué tela tan delgada! es milan esto?
Parece que las manos no se han puesto
en tan limpio bordado.
Has visto, Dorotea, mejor prado
de flores mas preciosas?
Dor. Bien dicen los claveles con las rosas.
Bel. Lindas son, si qual casan sus colores,
la voluntad casara el Dios de amores.
Dor. Creo que dice crueldad la hoja encarnada.
Bel. Mas tambien la esperanza está cifrada
en el verde color de tantas hojas,
y si de aqueste simil no te enojas,
las flores con el tiempo al suelo vienen;
y entretanto las hojas se mantienen.
Dor. Poco discreto este pintor ha andado,
pues las flores con frutos ha mezclado.
Bel. Le dió el justo valor á la esperanza,
pues quien sabe esperar, de fixo alcanza.
Dor. Al moral se atribuye la prudencia,
porque el último es en dar sus flores.

Bel. Esa de los poetas es demencia,
que al valor da fortuna sus favores.
Dor. No tanto, que un árbol se ha perdido,
porque á mala ocasion ha florecido.
Ger. Bella sofistería!
bravamente, Gerarda, medraría
con tales agudezas:
vamos, hijos, veamos otras piezas.
Mira qué pasamanos tan preciosos!
Dor. Mas ricos me parecen que graciosos.
Bel. Por acabar en manos,
parece que os enojan, mi señora.
Ger. Quién la pidio las suyas hasta ahora?
y qué tales que son para pedidas?
por vida de Don Bela, que la preste
uno de sus anillos.
Bel. Ahí va este.
Ger. Póngasele en un dedo por su mano.
Bel. Aprecio este favor tan soberano.
Dor. Tened, señor: qué necia estás, Gerarda!
Ger. Hija, no huyas los dedos, que no trato
de que tomes la joya de barato;
por tu vida que tienes de feriarla:
aquí la su cadena ha de quitarla, *Ap.*
que si como parece es de Fernando,
ella está mis astucias estorbando.
Dor. Qué haces, madre?
Ger. Querida, bueno fuera
que un tesoro Don Bela te truxera,
y no lleve un favor en recompensa;
pues no ha de ser así, que es en tu ofensa:
llévese allá, señor, esta cadena

que sin duda es muy buena.
Bel. Precio la da el lugar á donde ha estado!
y mi cuello con ella aprisionado,
dirá siempre que soy esclavo suyo.
Dor. Ved que yo no la dí.
Ger. Ya es favor tuyo,
aunque tú por tú mano no le dieras:
mas, señor, entre tantas frioleras,
qué es de la pobre vieja?
A mí sola sin nada se me dexa?
Bel. Qué quieres?
Ger. Un manteo,
y ya en tus ojos leo,
que comprámerle quieres guarnecido.
Laur. Madre! Pues en sus años trata de eso?
Ger. Miren qué inadvertido!
qué casa hay buena con cimiento malo?
Ademas, sábete que las mugeres
tenemos tres jornadas señaladas,
que han de ir igualmente engalanadas;
y son, cabeza, baxos y cintura.
Malos baxos deslucen la hermosura.
Bel. Pues qué tienen que ver con la belleza?
Ger. Porque prueban tener poca limpieza.
Haz lo que te he pedido.
Bel. No soy desconocido.
En tales ocasiones
hasta tres guarniciones
tiene de terciopelo bien labrado.
Ger. Labrada veas por ello tu corona
qual tu garbo merece.

ESCENA VI.

Dichas y Felisa.

Fel. Fernando me parece
que es uno que embozado
en la esquina de enfrente está parado.
Dor. Hablarle deseara.
Fel. No es posible
miéntras estos esten.
Dor. No hay imposible
para las cosas que el amor dispone.
Ger. Qué secretos son esos?
Dor. Me decia que ya viene mi madre,
y no queria
que aquí nos encontrase.
Ger. Y qué puede importar aunque aquí entrase?
Dor. Con todo, caballero, yo os suplico...
Bel. Si es vuestro gusto, en nada yo os replico:
mas hacedme un favor por despedida.
Dor. Quál es?
Bel. Que así á mi esperanza deis la vida,
permitiendo que espere el agradaros.
Dor. Si á esperanzas no mas he de pagaros,
esperad en buen hora.
Bel. Ufano me despido: á Dios, señora.
Ger. Aguarda, hijo, que voy á acompañarte,
ya que dimos, querida, en buena parte,
en tí está lo demas, que yo harto hago.
Veré si así mi bolsa satisfago. *Ap.*

ESCENA VII.

Dorotea y Felisa.

Fel. Oh vieja interesada!
Dor. Déxala hacer, que es harto desdichada,
pues un vil interes así la abate.
Fel. Por él hará qualquiera disparate;
y nosotras, qué harémos?
Dor. Ves corriendo,
y haz que venga Fernando.
Fel. Yo no entiendo
como pudo volver. No se ha ausentado?
Dor. Quizás á la otra dama habrá engañado.
Fel. Y no te engaña á tí?
Dor. Calla, Felisa,
y otra vez no me quites tan aprisa
la esperanza ligera,
que hace que de pesar ahora no muera.
Fel. Calla, que estan tus lágrimas brotando.
Voy á traerte al momento á tu Fernando.

ESCENA VIII.

Dorotea sola.

Dor. Albricias, corazon mio,
que pues él no se ausentó,
sin duda á la otra mintió;
y en esto un poco confio.
¡Pero ay! que mi amor delira
á fuerza del desconsuelo,
pues le sirve de consuelo
lo frágil de una mentira.

ESCENA IX.

Dorotea y Felisa.

Fel. Ay, señora, que Fernando
se marchó sin responder.
Dor. Quizás no llegó á entender
que tú le estabas llamando.
Fel. Cómo que no lo ha entendido,
quando mi tos fué mayor
que la de un predicador
que en el sermon se ha perdido?
Dor. Por qué no vino á la seña?
Fel. Porque no quiso querer.
Dor. Y qué otro fin pudo ser
el que aquí á volver le empeña?
pues si hablarme no quisiera,
no volviera á este lugar.
Fel. Y si te quisiera hablar,
á mis señas respondiera.
Dor. Vuelve otra vez á ponerte
á la reja por si acaso
viniese. *Fel.* Niego ese caso;
pero voy á obedecerte... *Vase.*

ESCENA ULTIMA.

Dorotea sola.

Dor. Buenos estamos, amor;
mucho sufres en verdad:
esclavo eres, no deidad,
si así te gusta el rigor.

Es un necio desvario
que yo le espere y él huya.
Cómo puedo yo ser suya
si él no quiere ser ya mio?
Y yo sufro su desvio?
Qué se hizo mi pundonor?
Yo soy leal, él traidor,
él se aparta, y yo le espero,
él me ofende, y yo le quiero:
buenos estamos, amor?
Es tan loca mi pasion,
que de mí misma me olvida,
y siendo yo la ofendida,
busco la satisfaccion.
Yo descubrí su traicion,
yo vi su amada beldad,
quien para mayor crueldad
el retrato me ha quitado:
amor, si esto has aguantado,
mucho sufres en verdad.
Niño y deidad te pintaban;
deidad por ser poderoso;
y niño, pues cariñoso
las finezas te obligaban.
Mas todos te figuraban
léjos de la realidad;
pues si á tanta crueldad,
desprecios y dsfavores
no se excitan tus rigores,
esclavo eres, no deidad.
Pagar una fe constante
con un desprecio injurioso,
D 2

puede sufrirse á un esposo,
pero jamas á un amante:
uno de otro es tan distante,
que allí es virtud el amor,
y aquí ofende al pundonor:
Corazon, no sufras mas,
pues vileza mostrarás,
si así te gusta el rigor.
Vive Dios que no ha de ser,
pues que lo llegué á advertir,
mis iras ha de sufrir,
y mis quejas ha de ver:
ó me ha de satisfacer,
supuesto que me injurió,
ó aquí mi amor acabó,
que al fin por saber amar
mi ofensa puedo olvidar,
los fueros de muger no.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

Felisa saldrá á poner unas luces sobre la mesa, y se vuelve adentro quedándose Dorotea.

Dor. En fin, no volvió Fernando,
y en vano mi amor le espera:
cada minuto que pasa,
mas el desprecio acrecienta.
Ah zelos! Pero mal dixe,
no son zelos, son ofensas,
son injurias declaradas:
oxalá que zelos fueran,
que al fin del amor son hijos;
pero el que de esta manera
me dexa así desairada,
no solo en ello me muestra
que nunca me tuvo amor,
si no que da claras señas
de que me estima en muy poco,
pues no me guarda siquiera
los respetos que á una dama
jamas un noble la niega;
y por si acaso no vuelve
á verme, será prudencia
el escribirle un papel,

no ya para darle quejas,
sino ántes para decirle
que conozco sus ofensas.
Esto ha de ser; al instante
le voy á escríbir, y sepa
que si algun dia le amaba,
mi amor en ira se trueca

ESCENA II.

Dicha y Felisa.

Fel. Pronto, señora.
Dor. Qué quieres?
Fel. Que salgas luego á la reja,
pues ya Fernando te aguarda.
Dor. Qué haré, amor?
Fel. No te detengas.
Dor. Ay Felisa!
mi altivez me manda que no le vea,
y mi amor dice que vaya.
Fel. Si es de amor la competencia,
dexa que venza el amor,
ven á hablarle, pues te espera.
Dor. Así lo haré, pues quizás
satisfará tantas quejas.

ESCENA III.

Marfisa y Clara que salen por la otra puerte.

Clar. Mucho, señora, te atreves.
Mar. Zelos tengo, y me aconsejas?

No ves que es loca pasion?
Clar. Oh nunca yo te dixera
que habia quitado la llave
de este demonio de puerta.
Mar. Yo no mandé que lo hicieses:
pero si me la franqueas,
no quieres que me aproveche?
Clar. Y qué es en fin lo que intentas?
por ver si vuelve Fernando
á buscar á Dorotea
á su calle hemos venido,
y no llegamos apénas
á la esquina, quando él viene,
tosen, y á la reja llega
para hablar con sus amores:
nosotras damos la vuelta
sin que nos vea ninguna,
y llegamos á la puerta,
que fiada al picaporte
fácilmente se franquea.
Ya estamos dentro de casa;
dime qué harémos en ella.
Mar. Estorbar que ese traidor
pueda borrar las sospechas
que mi visita ha sembrado...
Mas calla, en aquella mesa
se ve sin duda un villete:
mas si acaso Dorotea
á Fernando escribiria?

Se llega á la mesa.

Clar. Señora, no te detengas:
mira que pueden hallarnos.

Mar. No fué vana mi sospecha:
así á escribir comenzaba.
„ Las únicas prendas que entretenian mi pa-
„ sion era el retrato de un falso amante,
„ y los papeles de sus mentidas finezas; es-
„ tos daré al fuego, pues ya no he de creer
„ lo que me dicen, y el retrato...
Clar. No dice mas?
Mar. No: una idea
me ocurre: quiero acabarle,
disimulando la letra,
pues no me será dificil.
Escribe.
Clar. En eso no te entretengas,
repara por Dios tu riesgo.
Mar. No hay cosa que me detenga.
Clar. Qué has escrito?
Mar. Lo que basta
para que si acaso llega
Fernando á ver el papel,
aborrezca á Dorotea.
Saca el retrato, y le pone sobre la mesa.
Clar. Tambien dexas el retrato?
por Dios que no hay quien te entienda.
Mar. Qué mucho si yo tampoco
puedo entenderme á mí mesma?
Clar. Lo que yo entiendo es que vienen,
y vienen con tanta priesa
que escapar es imposible.
Mar. Pues ya estamos á la puerta,
ella nos ha de esconder.
Clar. Es cosa bastante nueva

ver una dama escondida
en casa de otra belleza.

ESCENA IV.

Dorotea y Fernando.

Dor. Con que al fin no te disculpas?
Fern. Estando clara mi ofensa,
primero que disculparme
satisfacerme debiera.
Dor. Qué disculpa puede darme
un hombre que me desprecia,
y que grosero reusa
el responder á mis señas?
Fern. Baste decir que intenté
hacer de la Corre ausencia
por no verte en otros brazos;
pero pensando que pueda
mi amor mas que el interes
con que otro te lisongea,
volví á Madrid por hablarte,
quando al llegar á tus rejas
miré salir de tu casa
un hombre que con presteza
se me perdió entre la gente,
sin que alcanzarle pudiera.
Dor. Y solo ese fué el motivo
de no venir á las señas
de Felisa?
Fern. Pues qué amante
habla con la que desea,
sin averiguar primero

quién es quien su amor ofenda?
Dor. Huélgome que tengas zelos;
mas por desgracia á tus quejas
solo puedo responder
que soy tuya.
Fern. Bien pudiera
responderte yo otro tanto.
Dor. Pero nunca lo creyera,
pues al fin sé que me ofendes.
Fern. Y si crédito te diera
tambien necio me juzgaras,
pues vi salir de tu puerta
un hombre.
Dor. No fué posible
dexar de admitirle. *Fern.* Cesa,
que esa es muy comun disculpa.
Mas qué papel en tu mesa
se descubre?.. Dime, ingrata,
Llega, y lee prontamente para sí.
á quién escribes?
Dor. Qué fuera
que llegaras á tener
zelos de tí mismo! *Fern.* Cesa,
cesa, te digo otra vez,
de añadir nuevas ofensas
con disculpas engañosas,
quando este papel encierra
la prueba de tus traiciones.
Dor. Si tú causa no me dieras
nunca así te escribiria.
Fern. Es posible, ingrata fiera,
que era á mí á quien escribias?

Dor. A quién otro ser pudiera?
Fern. Confúndete al escuchar
lo que tu alevosa diestra
estampó en este papel.
,, Las únicas prendas que entretenian mi pa-
,, sion era el retrato de un falso amante,
,, y los papeles de sus mentidas finezas:
,, estos daré al fuego, pues ya no he de
,, creer lo que dicen, y el retrato vaya á
,, tus manos para que no fomente tus zelos
,, si se queda conmigo."
Dor. Te burlas, Fernando?
Fern. Oxalá que me burlara,
pues ménos amor tuviera:
vuelve á leer lo que escribiste,
y si á negarlo te arriesgas,
mira mi propio retrato,
que estaba sobre la mesa,
porque acompañar pudiese
al villete.
Dor. Amor, clemencia,
que para tantos rigores
ya me falta resistencia!
Fern. Nada respondes?
Dor. Qué quieres
que responda, sino acierta
mi discurso á comprehender
lo mesmo que á ver acierta.
El principio del villete
es mio, pero otra letra
puso lo demas sin duda.
Fern. Quién á tanto se atreviera?

Dor. No sé; lo mismo que ignoro
como está sobre la mesa
ese encantado retrato,
quando en esta tarde mesma
tu dama me lo quitó.
Fern. No juzgué fueses tan necia
que fingieses imposibles,
quando en fingirme te empeñas.
Quién pudo entrar aquí dentro?
y dado que entrar pudiera,
quándo ha tenido ocasion
de fingir así la letra?
ni que interes tener pudo
en ello? *Dor.* Las dudas mesmas
que tienes en este punto
son tambien las que me cercan.
Solo sé que hay una dama
que en zelosa competencia
vino á quitarme el retrato;
y pues le encuentro en mi mesa,
infiero con fundamento
que suya la letra sea.
Fern. Quándo y cómo entró esa dama?
Dor. No lo comprehendo.
Fern. Qué fuera
que aquí estuviese encantada?
Dor. Fernando, las burlas dexa,
pues son tan ciertos mis males
como claras tus ofensas.
Fern. Y tú no me ofendes? *Dor.* No.
Fern. Para borrar mis sospechas,
qué disculpa das?

Dor. Negarlas.
Fern. Mejor fuera que dixeras:
Fernando, ya el interes
ha vencido mi firmeza,
ya tengo elegido dueño;
y para evitar sus quejas,
tu retrato y tus papeles
sacrifico á sus finezas.
Esto yo te lo creeria,
mirando que lo comprueban
tu letra en este villete,
este retrato en tu mesa,
la noticia que me diste
en esta mañana mesma,
y mas que todos, el hombre
que ví salir de tu puerta.
Dor. Todos mienten si aseguran
que el corazon te hizo ofensa.
Fern. Y tú sola no me engañas?
Cómo quieres que lo crea
quando de tus falsedades
tengo pruebas tan completas?
Dor. Los cielos me son testigos
de esta verdad.
Fern. Dorotea,
unos vanos jaramentos
no destruyen evidencias.

ESCENA V.

Dichos y Felisa.

Fel. Señorita?
Dor. Qué me quieres?
Fel. Que la Gerarda se acerca,
y no es bien que halle á Fernando.
Dor. Qué harémos?
Fel. Por esta puerta
puede salir sin ser visto.
Mas ay Dios! que no está puesta
la llave. *Dor.* Quién la ha quitado?
Fel. Tu madre es preciso sea,
pues los chismes de Gerarda
la sugieren mil sospechas,
que por sí nunca ha tenido.
Dor. Escóndete en esta pieza
miéntras se va. *Fern.* Yo esconderme!
quando yo tu amante fuera,
entónces me esconderia.
Fel. Por Dios dexemos las quejas,
que viene. *Dor.* Mira mi honor,
y este favor te merezca,
pues soy muger, y eres noble.
Fern. Esos titulos me empeñan
á que á mi pesar me oculte.
Fel. Entra pronto, que ya llega:
serena el rostro, señora,
no sea note tu pena.
Dor. Poco disimulo cabe
en el mal que me atormenta.

ESCENA VI.

Dorotea, Felisa y Gerarda.

Ger. Hija, qué cansada vengo!
Fel. Y de dónde?
Ger. De la iglesia
de rezar mis devociones,
y pedir por Dorotea.
Fel. Y para tí, qué pediste?
Ger. Harto me pide la huesa:
pero esta niña está triste:
qué tienes, hija?
Dor. Una pena.
Ger. Penas, teniendo un amante
con mas oro y con mas perlas
que hay en la Arcadia de Lope?
Vaya, desecha tristezas:
qué te parece el indiano?
Dor. Qué quereis me pareciera?
no tiene muy mala traza.
Ger. Traza de darte su hacienda.
Dor. Tomé lo que no pensaba,
y me pesa. *Ger.* Qué inocencia?
piensa en lo que has de tomar,
que esto ya está en casa: ahí queda
esperando que le avise,
y voy á hacer una seña
para que entre
Dor. No hagais tal.
Ger. Niña, no seas tan necia:
quando te den la baquilla,

segun el refran enseña,
acude con la soguilla.
Dor. No reparas que es demencia
que entre en casa á tales horas?
Ger. Y quién hay que verlo pueda,
si acaba de anochecer?
Fel. Desistid ya de esa tema,
pues que viene mi señora.
Dor. A qué buen tiempo que llega. *Ap.*
Ger. Oh qué mala obra nos hace *Ap.*
á mí y al pobre Don Bela!

ESCENA VII.

Dichas y Teodora.

Teod. De quándo acá tan amigas
son Gerarda y Dorotea?
Dor. Por qué te parece extraño?
Teod. No quereis me lo parezca,
si nunca bien la has querido?
Ger. Contábala mis rarezas.
Teod. Qué cosa?
Ger. Nada: que este año,
en los años que sortean
mis monjitas, me ha tocado
Santa Ines, Santa muy bella;
me enternecí al contemplar
sus martirios y sus penas,
y contábala su vida,
que por cierto es estupenda.
Pero dí de dónde vienes?
Teod. De ver á una pobre enferma.

Ger. Y por qué no me has llevado?
pues á visitas como estas
voy yo mejor que á una boda:
cansada vienes: ordena
que te traigan un traguito,
si lo hay en casa.
Fel. Aquí entra
muy bien, que el goloso pide
para el deseoso. *Teo.* Dexa
que nos hagan chocolate.
Ger. Chocolate! No seas necia;
no sabes que es flatulento?
no faltará en la dispensa
alguna friolerilla
que la guste á Dorotea.
Teod. Pues tráenos de merendar,
ya que Gerarda se empeña.
Felisa entra, y saca algunas cosas.
Dor. Yo por mí no tengo gana.
Ger. En viendo puesta la mesa
te animarás á tomar
un bocado. *Fel.* Ya está puesta,
Teod. Pues séntemonos.
Ger. Mi silla
junto á la de Dorotea.
Fel. Qué cariño que te tiene!
Dor. Ay, Felisa! yo estoy muerta.
Teod. Toma estos higos, Gerarda,
que estan como una conserva.
Ger. Tomo uno por complacerte,
y advierte que no lo hiciera
si mi padre lo mandara,

pero es menester que sepas
que con un higo se bebe
tres veces.

Teod. Quáles son esas?

Ger. Escucha: le abro por medio:
dame niña la primera.

Fel. Sin comer bebes? *Ger.* Sí,
ahora le doy una vuelta,
y bebo otra vez *Bebe.*

Fel. Y luego?

Ger. Luego bebo la tercera.

Fel. Considera que es muy fuerte.

Ger. Sanson tenia mas fuerza,
y le venció una muger:
Bebe, y tira el higo.
benditas sean las cepas.

Fel. Madre, qué tiras el higo?

Ger. Quereis fuese tan necia
que comiese cosa verde?

Teod. Pues come estas siete almendras
para que no te haga daño
lo que has bebido.

Ger. Esa es buena,
siete almendras me regalas?
cómanlas en hora buena
los siete infantes de Lara;
si siete torreznos fueran,
ya era mas puesto en razon.

Teod. Tú no comes, Dorotea?

Dor. No tengo gana de nada.

Teod. Un alocinto siquiera.

Ger. Sí, que á la cara sin dientes

hace á los muertos vivientes,
segun el refran lo enseña.
Fel. Quién es la cara sin dientes?
Ger. Las gallinas: hija, llegá
de beber, que no me cuidas;
y á fe, que quando muy quieta
estás tú con tus labores,
se emplea la pobre vieja
en estudiar en tu boda,
y que la noche postrera
de San Juan, ví grandes cosas
á las doce en mi azotea
en un orinal de vidrio;
y si no mienten las señas,
montañés habrá de ser
tu esposo. *Fel.* Mira no sea
de los que venden aloja.
Ger. Mas que venda lo que venda.
No está mala la gallina.
Fel. Qué encendida está la vieja:
parece una zanahoria
su nariz:
Ger. Siempre en la mesa
me acuerdo de tu difunto.
Qué hombre tan bendito era!
Jamas hizo mal á un gato.
Y si salió á la vergüenza,
fué por guardar un secreto.
Con qué gracia y gentileza
pasó la calle mayor!
al verle no se dixera,
sino que entraba triunfante

y con aquella presencia
que tenia, daba gusto
verle arrear á la bestia:
ya se lo decia yo:
no te salgas sin espuelas.
Teod. Gerarda, qué desatinas?
has perdido la cabeza?
lloras? *Ger.* Porque fué crueldad
el condenar á galeras
á un hombre de su virtud.
Si supieseis su paciencia!
Jamás ví que se enfadase.
Una noche que en la rexa
me encontró hablando á un soldado,
nos oyó con mucha flema
como un santo, y no hizo mas
que echarnos por la cabeza
un par de jarros de agua,
diciendo con su pacencia,
á los bellacos mojallos.
Teod. Considera, Dorotea,
en los efectos del vino.
Dor. Fia tus secretos de ella,
que esta y otras mañas tiene.
Fel. Madre, quanto vino entra,
tantos secretos salen.
Ger. Como á las ubas aprientan
con los pies, el pobre vino
se encarama á la cabeza,
temiendo que no le pisen;
y aquel que mas pronto trepa,
es sin duda el mejor vino.

Fel. Quisiera que me dixeras
qual es el agua mejor?
Ger. La que llueve en una sierra
donde no la bebe nadie;
mas ay Dios!
Tod. Qué te se acuerda?
Ger. Ese pobre caballero,
que hace ya mas de hora y media
que está en la calle aguardando.
Teod. Qué dices, Gerarda?
Fel. Aprieta:
ya el vino no la consiente
que ningun respeto tenga.
Ger. Voy al instante á que suba.
Teod. Quién ha de subir?
Ger. Don Bela,
aquel caballero indiano
que pretende á Dorotea.
Por qué no has de recibirle?
suba, y hable en hora buena,
que no nos ha de comer.
Dor. Por Dios que no lo consientas,
que no es hora de visitas.
Teod. Como quieres la contenga
sino sabe lo que se hace;
ademas, que si te obsequia
y ha de casarse contigo,
no hay por qué yo no le vea.
Dor. Ay, Felisa, quántos daños!
Fel. No hay sino tener paciencia.
Teod. Haz que llegue ese sugeto.
Ger. Bastará hacerle una seña:

ya verás que lindo mozo!

Se llega á la ventana, y tose.

Pregúntala á Dorotea
si la gustó.

Teod. Pues le ha visto?

Ger. Andábamos en reservas,
pero ya no hay para qué;
llegue pues, señor Don Bela.
Qué sentí hacerle esperar!

ESCENA VIII.

Dichas, Don Bela, y Laurencio.

Bel. Quien tanta ventura espera,
nunca aguarda demasiado;
y en mirando á Dorotea,
qualquier disgusto se olvida
por solo el gusto de verla:
cómo estás, dueño adorado?

Teod. Ved que estais en mi presencia,
y que me admiro tengais
esa grosera llaneza.

Bel. Llamais llaneza al amor?
contemplad que mi firmeza
es qual la de este diamante.

Laur. Qué haces?

Bel. Madres como estas
callan en viendo regalos.

Aparte á Laurencio.

Teod. Habrá mayor imprudencia!
caballero, respetad
los fueros de mi nobleza,

que aunque muger n. e mirais,
viuda y sola ,quizás tenga
quien desenvaine el acero
por mi honor y mi nobleza.

ESCENA IX.

Dichos, y Fernando.

Fern. Sí tendrás, pues que yo vivo.
Teod. Cómo es esto, Dorotea?
Quién es este caballero?
Fern. Quien olvida las ofensas
del amor por el honor.
Bel. No juzgué que nunca hubiera
quien lo que es honor me enseñe.
Fern. Ya teneis en la presencia
quien solo viene á enseñaros
que á unas damas como estas
el faltarlas al respeto
indica poca nobleza.
Bel. Responda á todo mi espada.

ESCENA X.

Dichos, Marfisa, y Clara, que se ponen en medio.

Clar. Mira que á mucho te arriesgas.
Mar. Como libre yo á Fernando,
suceda lo que suceda
Ger. Jesus, quántos escondidos!
Teod. Tú sola eres, Dorotea,

la causa de tantos males
Ger. Este es el diablo que enreda
para engañarnos á todos
Laur. Qué mas diablo que una vieja!
Fern. Marfisa, tu en esta casa?
Mar. No extrañes hallarme en ella,
pues mi amor sin tí no se halla,
á pesar de tus ofensas.
Sigueme. *Dor.* No es fácil eso,
y pues está descubierta
mi pasion, ningun recato
hay que mis zelos contenga.
Mar. Fernando es mio, y yo suya.
Teod. Qué imprudente competencia!
pero cómo es que aqui entrasteis?
Mar. Quien ama, á todo se arriesga:
Ven. *Dor.* Ya miras mi peligro,
y se opone á tu nobleza
desamparar á una dama.
Fern. Quién se vió en duda como esta!
una me ofende con zelos,
otra me muestra finezas,
y ni aquellos vengar puedo,
ni puedo pagar aquellas.
Bel. Si sois caballero, el duelo
es la obligacion primera.
Fern. Muy bien decís; prosigamos.
Mar. Tu peligro considera,
pues ya viene la justicia.

ESCENA ULTIMA.

Dichos, el Alcalde y Justicia.

Escrib. Aquí sonó la pendencia.
Ténganse allá á la Justicia.
Alc. Ola, guarden esa puerta,
y nadie salga sin mi órden.
Teod. No sabeis quanto me pesa
de que vuestra autoridad
sea necesario que venga
á corregir un desórden,
cuya causa ni aun siquiera
sospechaba.
Alc. Bien me consta,
señora, vuestra nobleza.
En fin, qué ha sido este lance?
Bel. Burlas de amor.
Alc. Muy serias
suelen salir esas burlas.
Qué negocio ó diligencia
os hizo entrar á estas horas?
Bel. Me habláron de Dorotea,
como de la mas hermosa
de quantas Madrid encierra.
y sabiendo por fortuna
que de su amiga se precia
Gerarda...
Alc. Quién es Gerarda?
Ger. Una servidora vuestra.
Alc. Escribano, me parece
que conservo alguna idea

de esta cara.
Escrib. No hay que dudarlo,
pues esta vieja es la mesma
que ha dias que deseamos
encontrar.
Alc. Ya se me acuerdan
con efecto sus delitos:
esta es la casamentera
de que tantas quejas tengo.
Ger. Jesus, señor, y hay conciencia
para tales testimonios?
bien pública es mi inocencia.
Escrib. Tambien lo son sus milagros;
y algunos ratos me cuesta
el escribirla la vida.
Laur. Mal coronista se echa.
Ger. Y qué teneis que escribir
de mi vida? *Escrib.* Frioleras.
Ger. Serán falsos testimonios;
y como en las plumas vuestras
crecen las cosas, me hareis
pasar por lo que no sea.
Escrib. Dícenme que en vuestra casa
sale por la chimenea
otra cosa que no es humo.
Ger. Qué es lo que sale por ella?
Escrib. Vos con algunas amigas...
Ger. Es falso; y aunque eso fuera,
preciso es que en ciertos casos
salga uno por donde pueda;
y si á vos os apurasen
saldriais por una gatera.

Escrib. Aquello es ser bruja.
Ger. Y esto
ser Escribano. *Escrib.* Me cuentan
que á las doce de la noche
os untais. *Ger.* Será limpieza;
pero á bien que todo el dia
os untan con la moneda
las manos. *Escrib.* Tambien me dicen,
y es preciso que lo crea,
que vuestro oficio es trazar
amistades. *Ger.* Esa es buena:
si yo vivo con las paces,
vos vivis con las querellas.
Escrib. Vos teneis muchos amigos.
Ger. Me holgara que tantos fueran
como vuestros enemigos.
Fel. Ella se mantiene tiesa.
Alc. Caballero, ya conozco,
que quando Gerarda media,
vendreis sin duda engañado.
Bel. Mi ignorancia es manifiesta;
y pues conozco mi engaño,
si la hermosa Dorotea
premia mi amor con su mano,
será mi dicha completa.
Alc. Y qué responde la dama?
Dor. Mi turbacion puede apénas
responder; mas si es preciso
hablar en vuestra presencia,
mi esposo es solo Fernando.
Mar. Aun quando Fernando quiera,
no será miéntras yo viva.

Dor. Cielos, ótra nueva pena!
Alc. Qué es esto?
Mar. Burlas de amor
tambien responder pudiera,
mas me engañara, pues son
unos zelos que me ciegan:
mi esposo ha de ser Fernando,
su padre así lo ordena;
y en vista de creerle mio,
me ha debido la fineza
de que por él me expusiese,
olvidada de mí mesma,
á sufrir qualquiera riesgo.
Yo supe con maña diestra
sacar de aquí su retrato;
y dando nuevas sespechas
contra su dama, yo fuí
la que fingiendo la letra
supe acabar el villete
que principió Dorotea.
Mira, Fernando, si es justo
que desprecies mis finezas.
Fern. En vano tú las publicas,
pues encuentro una sospecha
contra ese amor con que quieres
obligarme. *Mar.* Quál es esa?
Fern. Esa cadena que al cuello
ese caballero lleva.
Bel. Dorotea me la ha dado.
Mar. Porque yo ántes se la diera,
para que por ella viese
que te dí la compañera.

Alc. Jesus, y quántos embrollos!
Todo es justo que fin tenga:
Don Fernando, á quién amais?
Fern. Mi amor es de Dorotea,
pues si agradezco á Marfisa
tantas extrañas finezas,
nunca podrá conseguir
sino que las agradezca.
Alc. Señora, sino quereis
que esta verdad se convierta
en un desaire... *Mar.* Ya basta,
logre su amor Dorotea;
pues si he de ser desgraciada,
básteme sentir mi ofensa.
Alc. Y vos, señora, quereis
que de Don Fernando sea
vuestra hija? *Teod.* Si ellos quieren,
necedad sin duda fuera
exponerme á nuevos lances.
Alc. Por cierto obrais con prudencia.
Tambien yo hableré á su padre,
y no dudo que convenga:
ya mirais á qué peligros
os expuso la imprudencia
de admitir en vuestra casa
una hipócrita embustera,
que con capa de virtud,
sin religion ni conciencia,
tras los viles intereses
suelta al deseo las riendas.
Ola... vaya esta muger
donde una prision la espera.

Vos, caballero, advertid
en lo que este lance enseña;
y vos, señora, venid,
pues hasta la casa vuestra
es preciso os acompañe.
Y todos en esto aprendan
que si el hipócrita engaña,
al fin no hay cosa secreta,
y que en rompiéndose el velo
le castigan y detestan.

Ger. Si pensará que me asusta
con esa grave sentencia?
No seré yo el primer ángel
que está preso.

Escrib. Es cosa cierta,
los infiernos estan llenos
de angelitos como esta,
venga á rezar á la cárcel,
y dexe que yo la ofrezca
sus benditas oraciones,
y le limpie la conciencia.

Alc. Vamos, y conozcan todos
qué fin tiene una embustera.

Se hallará esta Comedia , con la del RECONCILIADOR *y la del* DISTRAIDO (*todas del mismo Autor , y con las que se forma el primer tomo de su Coleccion Dramática*) *en las Librerías de* Castillo *frente á las gradas de San Felipe el Real , de* Oréa *frente á San Luis , y en el Puesto de Libros de* Josef Sanchez *calle del Príncipe.*